

# LA ILUSTRACION PERIODICO UNIVERSAL



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.  
Número suelto 4 rs.

NUM. 3.º—SABADO 19 DE ENERO DE 1850.  
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.  
Ultramar y Estranjero: Año 80.

## HISTORIA DE LA SEMANA.

Continúa el diario oficial completamente desprovisto de interés; desde nuestra última crónica ni un solo acto del gobierno ha aparecido en sus columnas.

El interés de la semana se halla cifrado en las sesiones del Congreso.

A la lectura del dictamen de la comisión sobre autorización de presupuestos, sucedió la de cuatro enmiendas, de las cuales las tres primeras emanaban de las dos fracciones del partido conservador que ya no forman, á lo menos en esta cuestión, mas de una á juzgar por las declaraciones de los Sres. Vazquez, Queipo y Coira. La cuarta es obra de la minoría progresista.

Las minorías conservadoras proponían en la tercera enmienda que la autorización para la cobranza de las contribuciones no durara mas que hasta el 30 de mayo; en las otras dos se manifestaban algo mas condescendientes, pues aceptaban que fuese hasta fin de año con las diferentes modificaciones que en ella se indicaban.

El partido progresista fijaba por plazo para el cobro de las contribuciones hasta fin de junio.

Antes, sin embargo de entrar en esta discusión, el Congreso se ocupó de dos asuntos de no escasa importancia: el proyecto de ley sobre contabilidad legislativa, destinado á llenar uno de los mas grandes vacíos que se notan en nuestro sistema administrativo, á corregir muchas prácticas rutinarias, y á estirpar una infinidad de abusos entronizados desde hace largo tiempo; y otro proyecto sobre caminos de hierro, en el que se establecen las bases con arreglo á las cuales se han de hacer en adelante las concesiones, se indican los auxilios que desde luego se prestan á las empresas, se fijan algunas condiciones de las vías, y por último, en una disposición transitoria se pide autorización para asegurar á las compa-

ñías que actualmente tienen algun ferro-carril en construcción, el seis por ciento de interés de los capitales que se hayan invertido ó inviertan en lo sucesivo. El proyecto fué aprobado despues de breves debates entre los señores Martin, Escosura, marqués de Albaida, ministro de Obras públicas y Olózaga. El primero deseaba saber el término que el gobierno

fijaría á la garantía del seis por ciento de interés, y el señor Orense sostuvo la utilidad de que desapareciese del proyecto la tendencia que creía descubrir en él, segun la cual podria con el tiempo apoderarse el gobierno de los caminos de hierro, y ejercer sobre ellos un monopolio que el orador creía desastroso.

Con gran concurrencia se dió principio el martes á la discusión pendiente sobre el proyecto de autorización.

El señor Nocedal (don Cándido) tomó la palabra para apoyar una de las enmiendas y pronunció un discurso en que hizo uso de parte de los argumentos aducidos en la sesión anterior por el señor Olózaga.

La comisión confió al señor Esteban Collantes el encargo de contestar al señor Nocedal, y lo hizo estendiéndose principalmente en el punto de las economías en los presupuestos, promesa hecha por todas las oposiciones, con objeto de halagar á los contribuyentes, y adquirir por este medio popularidad, y nunca cumplida por ninguna de ellas.

Despues de una ligera rectificación en que el señor ministro de Hacienda se propuso probar que no existía la contradicción que el señor Nocedal habia querido encontrar entre sus opiniones de diputado en 1845, y las que ahora sustentaba como ministro, no fué tomada en consideración la proposición que se discutía por 150 votos contra 86.

En hora algun tanto avanzada comenzó el señor Morón un discurso que tiene por objeto examinar con detenimiento el estado de la Hacienda. S. S. fué escuchado con sostenida atención, bien fuese por la importancia del asunto de que se ocupaba, ó ya tal vez porque ha ganado muchísimo como orador.

El Senado se ha ocupado de dictámenes de la comisión de exámen de calidades. Pasemos ahora nuestra acostumbrada revista á los sucesos del exterior, de no grande importancia en esta ocasión.

FRANCIA. La Asam-



Kossut.



blea francesa empleó la sesión entera del 4 en aclarar las dudas á que había dado lugar la votación del día anterior sobre el proyecto de ley concerniente á los maestros de primeras letras. Después de un largo y confuso debate se resolvió anular la operación del día anterior, y que se verificase de nuevo, dando por resultado 329 votos en favor de la cuestión de urgencia y 300 en contra.

El 4 procedió la asamblea á la renovación de la mesa habiendo en su consecuencia quedado elegido presidente para el primer trimestre de 1850 M. Dupin. El resto de la sesión fué empleado en algunas comunicaciones del gobierno y en la continuación de los debates sobre el tratado hecho con Rosas.

Al cabo de unos cuantos días de debates complicados y confusos, la Asamblea ha resuelto de una manera mas pacífica que lo que hacían esperar las primeras discusiones, la cuestión relativa á los asuntos de Buenos-Aires y Montevideo. En la sesión del 7 M. Rancé presentó la proposición siguiente:

«Considerando que el tratado Leprédour no ha sido sometido á la ratificación de la Asamblea: considerando que el gobierno asegura que continuarán las negociaciones con objeto de sacar á salvo el honor y los intereses de la República, y que de todos modos nuestros nacionales están á cubierto de cualquiera eventualidad que pudiera ocurrir en las márgenes del Rio de la Plata, la Asamblea pasa á la órden del día.»

Apoiada por su autor y también por el gobierno, la Asamblea la adoptó por 338 votos contra 330.

De resultados de las últimas votaciones de la Asamblea en que el ministerio no ha salido muy bien parado, corrió la voz en París, de una modificación del gabinete. Un nuevo periódico titulado el *Napoleon*, que parece destinado á servir de órgano al presidente de la República, desmintió esta voz, asegurando que no se piensa en reproducir, mal que les pese á las ambiciones parlamentarias, el espectáculo de la inestabilidad ministerial. Añade el *Napoleon* que si bien en los tiempos de la *antigua rutina constitucional*, un gabinete tenía que retirarse ante la omnipotencia de la Cámara, ahora no sucede así, pues no hay derrota que alcance á los ministros mientras gocen de la confianza del presidente. La teoría, aunque nueva, tiene su origen en la Constitución, la cual ha impuesto una parte de responsabilidad al presidente, y mal podría exigirsele si en vez de tener por ministros personas de su confianza, se le obliga á aceptar aquellas que le designe la Asamblea por medio de votaciones. El tono que se emplea para con la mayoría no deja de ser un tanto atrevido y tal vez inconsiderado si se tienen en cuenta los antecedentes. Esta mayoría está amagada de una próxima disolución que en parte ha comenzado á realizarse ya. Si en vez de procurar unirlos, y que estreche sus filas, se vitupera su conducta y se la trata con desden y sarcasmo, no sabemos á donde irá á buscar el presidente de la República el apoyo que necesita para regir una sociedad tan desquiciada y predisuelta á novedades y trastornos.

El *Napoleon* no se hace ilusiones acerca de la situación. Hablando del pensamiento del presidente sobre amnistía, dice que si bien hubo un tiempo en que propendió á ella, ahora que el poder se encuentra *violentamente combatido* opina de distinto modo. «Estamos, añade, en una época de represión; la del perdón todavía no ha llegado.»

Estas son las principales novedades que ocurrían en París, y no son pocas en verdad. No se hablaba de otra cosa, y no dejaba de haber inquietud por el porvenir. Ahora mas que nunca se hablaba de golpes de Estado.

ALEMANIA. Todo el interés de las noticias de Alemania se cifra en las elecciones que deben verificarse próximamente: las hay para el Parlamento de Erfurt, para la Asamblea de Wurtemberg y para la que debe reunirse en Francfort. En las del Parlamento de Erfurt aparecen dos grandes fracciones. La una, compuesta del partido constitucional, acepta la Constitución otorgada por el rey de Prusia en 24 de mayo; la otra propone su revisión. Sobre este terreno se dará la principal batalla. Mientras tanto se asegura que reina la mas completa inteligencia entre los comisarios austriacos y prusianos, habiendo manifestado estos que la Prusia no podía abandonar sin deshonrarse la cuestión del Estado federativo; pero que cuidaría de no herir en lo mas pequeño los intereses del Austria.

Con motivo del año nuevo el emperador de Austria ha dirigido una proclama al ejército manifestando que el restablecimiento de la paz le obliga á reducir su número hasta ponerle poco á poco bajo el mismo pié que tenía en tiempo de paz. Corría la voz en Viena de que se concederian tierras á los soldados que hubiesen quedado inválidos en la guerra de Hungría.

Segun el *Lloyd* de Viena se aseguraba como cosa definitivamente resuelta, que el emperador de Austria había sancionado el 28 de diciembre la Constitución general del imperio, la cual debería empezar á regir en el presente año. La nueva Constitución contiene los principios ó bases fundamentales que habrán de observarse por todos los países dependientes de la corona imperial.

De los datos oficiales publicados en Viena resulta, que en el presupuesto de ingresos y gastos del imperio austriaco, para el año económico de noviembre de 1848 al mismo mes 1849, hay un déficit de ciento cincuenta y cinco millones quinientos diez y nueve mil setecientos setenta florines.

Las últimas sesiones celebradas por las Cámaras democráticas del ducado de Hesse-Earmstad no han sido tan turbulentas como las anteriores; acordaron, sin embargo, en la sesión del día 29 de diciembre, que no se contestase al discurso de apertura, y en la del 30 quedó reducida á tres meses la autorización al gobierno para que continuase percibiendo las contribuciones, que segun el proyecto presentado por el gabinete debía prorogarse hasta seis meses. La mayoría ha declarado en diferentes ocasiones, que su voto contrario al proyecto del gobierno, no era de ninguna manera un voto de censura ó de desconfianza. Ha quedado aplazada por lo tanto y hasta que amenace una nueva tempestad, la disolución de las Cámaras.

La tregua de los partidos en que están divididas las Cámaras prusianas, el haber llegado á entenderse repentinamente en todo lo concerniente á la Constitución y al juramento del rey; la terminación de tantas disidencias como se habían suscitado en esta cuestión, y las recíprocas concesiones de-

jan entrever importantes acontecimientos, pues la rivalidad de las dos grandes potencias alemanas debe aumentarse necesariamente en las circunstancias actuales.

ITALIA. Las noticias que encontramos en la correspondencia y periódicos de Italia recibidos por el último correo, nada notable adelantan á las anteriormente publicadas. La Cámara piemontesa continúa ocupándose del examen de actas. No tardarán en comenzar los debates sobre el mensaje.

## REVISTA DE MADRID.

La realidad destruye despiadadamente este invierno las ilusiones y las esperanzas.—En balde consignan cada día los periódicos los rumores que circulan prometiendo esplendidos bailes en veinte aristocráticos palacios; espresando la fecha en que se abrirán los salones de la condesa de C..., y en que comenzará á recibir la señora duquesa de F...; pero transcurre el término señalado, y todo permanece segun estaba; Madrid frio, triste, lúgubre, silencioso, sin que nada revele todavía la llegada de ese alegre loco llamado el Carnaval, que ya hace resonar á lo lejos los cascabeles infinitos de su gorro de Arlequin; los teatros siguen tan desiertos como los salones; y los paseos tan desiertos como los salones y los teatros.

¿Qué hemos de anunciar nosotros, incrédulos ya con esos numerosos desengaños? ¿Ni qué fé ha de darse á nuestras palabras, desmentidas anteriormente cuando fuimos eco de la pública voz? ¿Nos atreveremos á decir que el 21 dará su penúltimo baile la condesa de Velle? ¿Diremos que el marqués de Miraflores tiene su segundo *rout* la misma noche, y que ofrece á las jóvenes para el lunes de Carnaval las delicias del wals y de la polka?

Tan cautos y tan prudentes nos ha vuelto la experiencia, que aun aventuramos con temor las precedentes noticias; en el terreno de los hechos consumados podemos ser con todo mas francos y mas explicitos.—Así, apuntaremos que el domingo último recibió ya la señora condesa de Montijo, siendo bastantes las personas que se apresuraron á gozar de un placer del cual ha tanto tiempo se hallaban privadas. La joven duquesa de Alba, linda y elegante como nunca, asistía también á la recepción, siendo este un feliz presagio,—en el sentir de muchos—de que se realizará el 29 la magnífica fiesta con que su amorosa madre celebra anualmente su natalicio.

Si escasean los grandes bailes, en cambio abundan mucho los pequeños ó de confianza; los domingos los hay en casa de los marqueses de Viluma y de Gaviria; los lunes en la de la señora de Paje y el señor Dusmet; los martes en la de la baronesa de \*\*; los miércoles en la del general Tello; los jueves recibe la señora de Miranda; los viernes la princesa Carini, embajadora de Nápoles; y por último los sábados están designados para las reuniones de M. Weisweiler, tan deseadas como inciertas aun.

De aquí resulta que la afición á las máscaras, casi estinguída entre la buena sociedad, ha renacido con nueva fuerza este año; para persuadirse de ello no hay mas que recorrer la lista de suscripciones á los bailes del Liceo, donde figuran los nombres mas ilustres y mas aristocráticos; y lo que es mejor aun, los nombres *sinonímicos* de hermosura y elegancia.—No somos bastante indiscretos para violar esos que se suelen llamar secretos de la careta; mas aquel que fuere menos escrupuloso, puede cerciorarse por sí mismo yendo á examinar el ya larguísimo catálogo que existe en la secretaría del precitado establecimiento.

Verdad es que esos bailes ofrecen esta vez circunstancias que les comunican mayor interés y atractivo; la junta gubernativa se ha asociado para dirigirlos una comisión de personas notables por su inteligencia y posición; en ella están el marqués de Vega Armijo y el del Sobroso; los señores Santillan, Rancés, Dumont, Magaz, Rojas, Alegre, Cuadra, Buitrago, Ollauri, Rio, y otros que no recordamos en este momento, y que han prestado el eficaz y desinteresado auxilio de su buen gusto y de su buena voluntad.—De comun acuerdo todos, se ha decidido variar completamente el adorno de aquellos casi régios salones; el principal, el de baile, reflejará sus mil luces sobre los colores rosa, azul y oro, de que estarán vestidas sus paredes; el que le sirve de paso ostentará arcos, festones y guirnalda de variadas flores.—Háblase también de un lindo jardín artificial, en el que las camelias, las rosas, y los jacintos, alternarán con los limoneros, las magnolias y las adelfas; de realizarse tan feliz idea, nada faltará allí, ni arbustos gigantescos, ni surtidores de cristalinas aguas.—Para terminar estas noticias, añadiremos que la orquesta debe ser excelente; que cuanta música ejecutará será nueva; que el fondista Perona es el encargado del ambigú; y que no hay pieza grande ni pequeña en el palacio de Villahermosa que no haya sufrido una entera transformación.

Mientras, la hermosa mitad del género humano ha experimentado estos días una angustia terrible, temiendo encontrarse de la noche á la mañana sin bailarines.—Lo que ha producido tamaña consternación y tamaña espanto, ha sido lisa y llanamente una gacetilla de todos los periódicos de Madrid, en la cual se decía que el Santo Padre había resuelto restablecer la orden militar de Malta, é invocar á todos sus individuos, como cristianos y como caballeros, para que acudan á Roma á dar la guardia de su sagrada persona.—Ahora bien, la orden de Malta es la orden de S. Juan de Jerusalem: y sucede que casi todos los sanjuanistas son bailarines, ó que casi todos los bailarines son sanjuanistas.

El origen de esta abundancia de *cruzados* es ya muy antiguo, aunque no se pierde en la noche de los tiempos.—Parece que ha algunos años se presentó un alto personaje en el gabinete del ministro que lo era de Estado, y le pidió para su hijo primogénito dicha condecoración, entonces tan rara vía, como comun es en la actualidad.

—¡Eh! si su chico de vd.,—objetó el ministro,—es una criatura aun!

—Pero, repuso el papá con orgullo, habla ya perfectamente el francés.

—Eso es muy bueno, aunque ¿qué méritos son los suyos? ¿En qué funda su solicitud?

—En ser hijo de quien es; en descender por línea recta de doña Urraca, y de don...

—No lo creo suficiente en estos tiempos.

—¡Y si viese vd. que bonito es! Un retrato, un retrato de su mamá!

—Lo celebro; mas no se han establecido todavía premios de hermosura para las personas, segun los hay ya para los caballos.

—Luego el muchacho es vivo como una pimienta. ¡Tiene una chispa, un talento! Le aseguro á vd., amigo mio, que es mozo de porvenir.

—Cuando realice lo que promete, veremos.

—Además, ¡si supiese vd. que bien baila la polka!

—Ah! exclamó el ministro con admiración. ¿Con qué baila la polka?

Debemos advertir que esto ocurría precisamente en la época de la introducción y aclimatación de aquel famoso baile; cuando no se hablaba de otra cosa en los salones, en los teatros y en los ministerios; cuando se aplicaba el nombre de la nueva danza á los trages, á los muebles, y hasta á los caramelos; cuando en fin estaba en su mayor auge la *polkamania*.

El marqués de X...—porque era un marqués, el pretendiente,—conoció el efecto que había producido la última habilidad de su hijo en el ánimo de su escelencia, y después de insistir otro poco salió al fin del despacho ministerial con el deseado nombramiento; en el cual,—y ya lo inferirán nuestros lectores,—no se explicaba el motivo de aquella graciosa concesión.

Sin embargo, la anécdota se esparció pronto por Madrid; todos los jóvenes se dedicaron á bailar bien la polka, y todos los padres se dedicaron á solicitar para ellos la cruz de San Juan.—Establecido el ejemplo como precedente, fué preciso observarlo como regla; y el ministro tuvo el gusto de vestir de colorado á cuantos pollos hacían piruetas y cabriolas aquel invierno en los saraos de la alta sociedad.—Desde entonces esta condecoración pasó á ser una patente, una verdadera credencial de buen bailarín; y es como los maestros de latinidad prometían á sus discípulos un magnífico ejemplar de *La Iliada* ó de *La Eneida*, los profesores de coreografía aumentaban el ardor de sus alumnos, diciéndoles:

—Vamos, aplíquese vd., señorito, para que le den la cruz de S. Juan.

Así se explica natural y satisfactoriamente la profusión de Sanjuanistas que corren, bullen y danzan en todas partes; así se comprenderá también el terror del bello sexo, que sin duda se quedaria sin parejas para el wals y la redowa, si se realizara el pensamiento del Santo Padre: porque ¿cómo había de desoir la noble juventud madrileña la invocación á sus sentimientos religiosos y á sus sentimientos caballerescos?—Confiamos no obstante en que todavía hallarán otro medio de reformar el ejército romano los sábios é ilustres políticos que se ocupan de tan importante asunto; y en que no veremos á nuestros *liones* y á nuestros *pollos* convertidos de repente en lejitimos y verdaderos *soldados del Papa*.

El acontecimiento,—el único acontecimiento de la presente semana,—ha sido la inauguración del teatro de los Basilio, cuyo propietario es el señor conde de Castejon, antiguo director de la sociedad dramática del Museo.—Verificóse el jueves esta fiesta artística, que había llamado bastante la atención del público, por las noticias que corrían acerca de la nueva sala, y por las dificultades de varia índole que se opusieron á su apertura. Así, una sociedad numerosa y escogida poblaba los palcos y las localidades todas del lindo coliseo, que será,—que es sin duda—el segundo de nuestra capital.

Su forma es tan elegante como bella; sus condiciones acústicas excelentes; en cuanto á comodidad no hay nada que apeteer; en cuanto á ornato ya es distinto.—No es que los adornos sean de mal gusto ni de mal género; pero son generalmente pobres, y no guardan armonía entre sí. Conócese que ha presidido á ellos un plan de severa y rigurosa economía, y eso que nada tiene de extraño si los recursos no daban para mas, choca grandemente en estos tiempos de miseria positiva y de lujo aparente.—El alumbrado es de gas, y no parece bastante bueno.

Asegúrase que dentro de breves días abandonará ya su caverna de la calle de la Magdalena la celosa compañía de Variadades.—En el nuevo escenario y en la nueva sala lucirán infinitamente mas los apreciables artistas que rehabilitaron y dieron vida con sus esfuerzos y con su talento al antiguo juego de pelota; y allí les aguardan mayores triunfos y mayores aplausos, sobre todo si el señor Catalina conserva la dirección que tan hábil y cumplidamente ha desempeñado desde el principio el año cómico actual. RAMON DE NAVARRETE.

## Estado de la legislación en Grecia.

No hay legislación cuyo estudio sea mas importante y curioso que la de un pueblo diferente de los demas por la individualidad de sus costumbres y de su vida política; y bajo este aspecto la Grecia moderna nos ofrece un motivo de instrucción del mayor interés. En efecto, los griegos descendientes de los antiguos helenos, cuya superioridad intelectual ha reconocido el universo, dotados de una capacidad admirable que la falta de educación había dejado estéril, se formaron costumbres y leyes particulares, como todas las naciones que gimen largo tiempo bajo yugo extranjero: sus discordias tempestuosas entre muchas dominaciones y diferentes formas de gobierno llaman mas vivamente la atención del historiador y del publicista.

Dos obras se han publicado sobre la Grecia moderna: la una muy estensa é instructiva por Mr. Maurer, antiguo miembro de la rejenicia; la otra que comprende un bosquejo rápido de las instituciones griegas, durante la dominación turca y hasta el advenimiento de Othon I, por Mr. Geib, ex-consejero áulico, de cuyo trabajo lleno de hechos y observaciones ingeniosas vamos á tomar algunos sucintas nociones.

Los turcos, después de la conquista, no impusieron su legislación á los vencidos. El derecho romano bizantino, tal como fué compilado en el compendio de *Harmonopoulos*, continuó en vigor con tanta mas facilidad, cuanto que los turcos reconocen en los sacerdotes griegos una jurisdicción de que hacían el mejor uso, y cuanto que el pueblo se sometía á su juicio como á una sentencia de árbitros. Los jueces ecle-



siásticos aplicaron también el derecho romano bizantino. Por todas partes se crearon costumbres particulares, y principalmente en las islas, y regulaban con especialidad las sucesiones y matrimonios. Por eso los esposales de los niños están autorizados y son válidos; y no es mucho de extrañar se balle tan esparcida esta costumbre en un país en que las mujeres viven separadas de los hombres, y donde por consiguiente, los matrimonios son mas bien efecto de un convenio de familia que de mútuo cariño. La patria potestad cesa como en el derecho germánico por el matrimonio y por el establecimiento de un hijo lejos de sus padres. Ya es conocida en Grecia la institucion del consejo de familia y hace un gran papel en la tutela. En muchos puntos del Archipiélago los hijos son mayores de edad á los 14 ó 15 años.

La propiedad de los inmuebles se adquiere por la redacción escrita del contrato de venta. No existen señales de leyes hipotecarias. En el derecho de sucesion los varones reciben mayor porcion de la herencia; pero la muger casada tiene en el caso de supervivencia derechos importantes, por ejemplo, el concederle ordinariamente el usufructo de los bienes del marido.

En cuanto al derecho criminal, claro es que un pueblo cuya educacion ha sido casi ninguna hasta ahora, que por una lucha tenaz y desesperada contra sus opresores, y guerras civiles incansables, ha desplegado pasiones vehementes, ha podido caer en una especie de anarquía, manantial de muchos crímenes.

Sin embargo, es digno de observarse que en Grecia hay pocas acusaciones de asesinatos ó heridas. Cualquiera que sea la impetuosidad del carácter nacional gustan los griegos ante todo de descargar su cólera en palabras injuriosas, y raras son las veces que recurren al puñal para vengarse de sus enemigos. Son poco dados á la embriaguez, y como viven lejos de las mugeres desconocen los celos; careciendo por consiguiente entre ellos el asesinato de estos dos poderosos resortes.

Son frecuentes los abortos voluntarios; siendo principalmente provocados por las mugeres casadas que tienen por la mayor de las desgracias una familia numerosa, y no miran como delito la destruccion precoz de su fruto; pero nunca cometen el infanticidio.

Se ven pocos ejemplos de atentado contra la propiedad, de raptos y robo: porque los griegos tienen pocas necesidades, viven en la ociosidad, y su clima les prodiga cuanto pueden desear. Nada hay allí mas comun que un pirata, nada mas raro que un incendiario. Las instituciones de los mainitas merecen un examen particular. El pueblo protegido por montañas inaccesibles, ha conservado costumbres antiguas, con su independencia y libertad, desconocidas por mucho tiempo á los demas habitantes del país. La autoridad gubernativa no ejerce sobre él influencia alguna, y este hecho explica como se perpetúa el espíritu de venganza de familia en familia como una sagrada tradicion. La sangre vertida enjendra un odio eterno entre la raza de la víctima y la del asesino. Muchas veces intervienen tratados, y hasta se comprometen por escrito á cometer uno ó varios asesinatos, y estas costumbres ejercen todavía tal imperio, que aun en 1831 no perseguía el gobierno con vigor semejantes actos.

Sabidos son los cambios políticos ocurridos en Grecia desde 1821. Los que conocian á fondo el estado de las cosas á que acabamos de echar una ojeada, vieron la necesidad de reformar la legislación, pero no se llevó á bien y tuvo mal éxito. Llamó la atencion pública el derecho francés, y estaba tanto mas en boga, cuanto que muchos jóvenes cursaban en Francia las escuelas del derecho. Cuando la asamblea nacional ejercía aun sus funciones, se establecieron tribunales al tenor de la institucion francesa: se adoptó el código de comercio, y en 1823 se bosquejó precipitadamente una especie de legislación criminal tomando por base el código penal de Francia. Las definiciones estaban incompletas, y lo que es digno de observarse, las penas consistían por lo general en multas pecuniarias. Durante la presidencia del conde de Capo de Istria se desecharon los principios del derecho francés, y se siguieron las reglas del italiano. En 1829 se publicó un código de procedimientos criminales que no admitía el jurado, y coartaba la importancia de las atribuciones del ministerio público. El proyecto de procedimientos que en 1830 propuso el abogado Genazaz aun se aparta mas de los principios franceses. Se introdujo el procedimiento *Inquisitorial* (*Inquisitorische Verfahren*), y se limitó la defensa del acusado. En una palabra, por de quiera se ven triunfar las opiniones de los jurisconsultos italianos, como Cremani y Filangieri. Se conservó el código penal de 1823, previniendo que los jueces debían sentenciar con buen juicio y equidad, caso de no estar los crímenes determinados por la ley.

El gobierno del rey Othon y de la regencia introdujo en el país nuevas ideas y otro sistema. Tomóse por modelo la legislación de la antigua Babiera como si las leyes pudieran trasplantarse de un país á otro con operaciones facticias y arbitrarias.

## POR QUÉ LA AMO.

Primeramente la he conocido niña; y cuando todas las niñas de su edad corrían y jugueteaban locas de contento, ella no jugaba ni corría.—Sus miradas no espresaban ni la indiferencia, ni la aturdida alegría de la infancia; eran un espejo de dulzura y de sensibilidad: los ángeles deben mirar como ella.—Su dulce voz, que iba derechamente al alma, se parecía á la brisa de la noche, que penetra al través del follaje; y refrescaba el corazón y le purificaba, del mismo modo que refresca el rocío de la noche la marchitada yerba.—Cuando me saludaba por la mañana, á mí, niño como ella, era feliz todo el día... porque yo la amaba ya!—Amarla! era tan natural!... Ambicionaba como yo emociones fuertes, violentas, dolorosas.—El silencio de la noche, el canto de un pájaro, el sonido de un instrumento, tenían para ella un atractivo indefinible.—Escuchaba, como yo... y las lágrimas sitiaban sus brillantes ojos, y corrían en abundancia, y se renovaban.... Lo mismo me sucedía á mí.—Cumplió quince años.—Esta es la edad de los deseos, de las fiestas, de los bailes, de la coquetería.... y nada deseó.—Dominada por

una tristeza inesplicable, se notaba en ella mas distraccion, estaba mas pensativa... pero era mucho mas amable.—Va algunas veces á las sociedades, y yo también.—En medio de las jóvenes que respiran salud y alegría, la veo pálida y abatida.—Oh! cuánto la amo! y lo extrañais?—Pues qué, no darías todas las cosas del mundo por un jazmín, que el calor del mediodía ha marchitado?—Pues qué, no preferís al brillo del sol abrasador, las caricias de sus amortiguados rayos, por la tarde?—Pues qué, preferís ver brillar veinte espejos de Venecia en dorados salones, á ver en vuestra alcoba la pálida lámpara que vacila y se apaga?—Ah! conozco que no podeis comprender POR QUÉ LA AMO.

## EL AMOR.

Esceptuando á Dios, el amor es lo mas grandioso de cuanto tiene nombre en la lengua humana, y lo mas santo é inteligible en su misterio infinito. El amor es Dios en una de sus fases; es una de las personas de su trinidad; aquella en la cual se fundan las otras dos. Sí, el amor es Dios, porque es el poder fecundante, porque es la vida; sin él no hay criador, no hay creacion: todo vuelve á la nada. El es quien, estrechando en sempiterno abrazo al universo entero, le hace vivir hermoso y palpitante, y le llena de gérmenes que salen á luz despues de fecundar en su seno.

El es quien engalana la tierra como una de las esposas de Dios: quien la mece por la noche bajo un dosel sembrado de estrellas; quien para despertarla todas las mañanas envía un rayo de oro á iluminar sus párpados, y derramándose desde el sol en ardientes y luminosos torrentes, reposa en su seno y permanece en él hasta la noche.

Toda hermosura viene de él y refleja su imágen. El es; es Dios: es el amor quien da á los sauces y á las tiernas vírgenes, y á los cometas su larga y flotante cabellera; el que brilla en el insecto matizado de oro y de azul, que resplandece en los ojos del hombre y en las estrellas.

El amor es la relacion, la armonía de todos los seres. El los ha tomado, los ha clasificado, y uniendo los unos á los otros, segun sus analogías y sus contrastes en eternos lazos, forma de ellos un ramillete y lo coloca en el seno de Dios, en el cual crece y florece, siempre único y siempre distinto en la variedad infinita de sus matices y de sus perfumes.

Y al mismo tiempo que en el infinito encadena los mundos por su mútua atraccion: él es quien en la tierra en que vivimos abre el cáliz de las flores para dar paso al polvo fecundante que el viento lleva en sus alas; él es, en fin, quien presta al ave sus trinos encantadores.

Bajo su influencia é ignorantes de ella, la paloma y su consorte se aproximan el uno al otro y se unen con amorosos trasportes. ¿Cuál es la fuerza misteriosa que detiene despues á la paloma en su nido, donde con inquietud manifiesta, cubre cuidadosamente con sus alas un tesoro cuyo secreto no conoce? ¿Por qué en determinado dia, cuando ya han nacido los pichones, el macho se encuentra allí á la hora precisa, conducido desde el otro extremo del horizonte por una fuerza voluntaria que reside en él; pero que él no conoce, llevando el alimento á sus hijuelos, de los cuales no tenía la menor idea? Todo esto es obra de Dios, es obra del amor. El es la ley y la razon que dirige la república de las hormigas y las sociedades humanas. ¡El amor! hé aqui la gran palabra del Evangelio, la gran revelacion que el catolicismo nos ha trasmitido oculta bajo el velo de sus símbolos; en ella está comprendida toda la historia del hombre y el universo todo; allí está el objeto del porvenir y el fin ideal á que se encamina la humanidad. Dios es la caridad misma y por la caridad vive en nosotros y nosotros en él. La caridad ó el mismo Dios son los que unen á los hombres por medio de una santa comunión. Alimentándolos con su propia sustancia, que siendo indivisible, es sin embargo de todos á un tiempo y de cada uno en particular, crea aquellas grandes unidades místicas, *el pueblo y la humanidad*. Ella es la que establece la relacion reciproca del hombre con Dios y con el universo. El amor nace de Dios y vuelve á él mismo. Bajo este punto de vista, el amor es la esencia misma de la religion y de la sociedad. Este amor que Dios destila en nuestras almas y que constituye la sustancia de los afectos humanos, debe en último resultado difundirse por todo el mundo, y desde allí volatilizándose hasta el extremo, volar al seno de Dios, pero dista mucho de salir de nosotros en línea recta, y de manar puro y uniforme como sobre un terreno liso. Complácese en nuestros alrededores; forma en ellos numerosas revueltas, dejando en pos de sí parages que apenas humedece, escavándose en los valles algun lecho profundo; mas sin perderse en ellos. Sin que se agote jamás la urna en la cual reposa tranquilo, ó á veces se agita inquieto, sale de ella como el Ródano del lago Lemán, mas cristalino y mas profundo.

Así es, que antes de conocer á Dios, á la humanidad y á la patria, nos colgamos al cuello de nuestras madres, nos unimos á nuestros hermanos, á nuestras hermanas y á nuestros amigos con vínculos sagrados é indestructibles, en los cuales respira nuestra simpatía y nuestra sensibilidad. Entonces es cuando en nuestras ilusiones decimos á una muger: toma mi existencia, escóndela en tu corazón, haz de ella una corona para adornar tu frente, ó rómpela bajo tus plantas segun mejor te plazca; porque solo en estas íntimas relaciones es cuando sentimos y conocemos á Dios, á la patria y á la humanidad.

Pero cuando nuestras relaciones se han multiplicado, cuando la vida se nos presenta bajo sus mas dilatadas fases, desarrollánse en nosotros otras simpatías mas grandes y mas completas, estos nuevos amores, sin embargo, no destruyen los antiguos, no; sino que semejantes á la tierra nos arrastran en su órbita, á nosotros y al objeto amado, enlazados mútuamente, y se apropian aquella existencia que ya es comun en todos.

Pero no sucede con nosotros lo que con el resto de lo criado, en el cual las naturalezas inertes sienten el amor sin conocerlo, y se doblan á todos sus caprichos. El hombre en ciertos limites es un Dios, es un libre criador. El amor halla en él una inteligencia, una personalidad egoista y voluntaria. El hombre se apropia el amor, ejerce sobre él una reaccion y le modifica: á veces lo rechaza fuera de su seno,

lo ahoga y se propone alimentarse con la sustancia de Dios, sin retribuirle nada: otras veces, orgulloso de concurrir libremente á la obra de Dios, le abre en su corazón espaciosas entradas y salidas, exalta su ardor y su energía con toda la fuerza de su espontaneidad, y obliga á su propia existencia á inundar todo cuanto la rodea. De aquí nace aquella inagotable diversidad de fenómenos que presentan los afectos humanos en su desarrollo.

Hay en el corazón del hombre una admirable riqueza de amor: una multitud de afectos distintos se mezclan y se cruzan en su corazón sin perder sus matices. A cada uno de estos sentimientos puede dedicarle su alma toda entera: siempre volverá á entrar en su interior llena de mas abundante vida. ¡En cuántas relaciones efímeras ó duraderas no está difundido el amor! ¡Cuántas personas llevan consigo una parte de su sustancia á todos los puntos del horizonte! ¡Cuánto amor no encierra la tumba con el despojo mortal de los objetos amados! ¡Y cuánto aquellas mil criaturas que crea la imaginación y que no tienen otra vida que la suya! Así, mientras que el beso de su madre aparece todavía en su frente enrojecida, créase el hombre otras criaturas para devolverlas aquel ósculo. Vienen en seguida Dios, la humanidad, la patria, le abrazan y le mecen en un mar de amor, junto con todas aquellas existencias con las cuales se ha identificado, todas arrastradas como él por una corriente irresistible. El hombre se identifica con todo en sus gozos, como igualmente en sus sufrimientos. La vida y el amor existen con esta condicion; pero las penas que aspira en el seno de los demas, pierden su acrimonia en el interior de su pecho. Solo en la creacion, el hombre tiene relaciones de inteligencia y de amor con todo lo criado: la tempestad y la calma del cielo, el monte y el valle, el Océano y el desierto, la hoja que duerme y la oja que se agita, la flor que ríe y la flor que se marchita, todo penetra en él y su simpatía todo lo penetra. Hay momentos en que su existencia vaporizada se disemina en la naturaleza, así como hay otros en que la vida se concentra en su corazón, y en que todo cuanto le rodea se absorbe en su interior para gozar ó sufrir. Cuando niño, sembró sus sensaciones, su amor, su vida en fin, en los senderos de su país natal, y escondió una parte de todo esto en el nido de golondrinas que estaba pegado á su ventana. El ligero temblor que agita las hojas de la grande encina, bajo cuya sombra habia jugado tanto con sus hermanitos es su vida misma: ella misma es la que sube espiralmente al campionario de su pueblo; ella la que se mece sobre las aguas del lago: ella en fin, la que el riachuelo lleva murmurando en sus pequeñas olas. Todo esto fué objeto de su amor un tiempo, y ahora á cualquier punto que vaya, se establece entre él y aquellos objetos una corriente eléctrica por medio de la cual se renueva la vida. Si en medio de sus emociones las mas fuertes de dolor ó de placer, se le presenta un pálido recuerdo de aquellos queridos objetos, saldrá de su alma una chispa hácia ellos, de la cual sentirán tal vez la influencia magnética.

Pero entre los afectos humanos hay uno del que todavía no nos hemos ocupado, ó al que no nos decidimos á tocar sin una especie de temblor. ¡Ojalá que nuestra mano sea bastante religiosa y discreta para tocar sin envilecer á ese sentimiento que en el lenguaje vulgar se apropia exclusivamente el nombre de amor!

¿Acaso cuando niños, no hemos visto inclinarse sobre nuestra cuna una fantasma envuelta en una túnica blanca ligera y flotante como la niebla? Era tal vez un ángel, ó era una muger? Era lo uno y lo otro á un tiempo mismo: era un ser suspendido á la mitad del camino entre el cielo y la tierra. Al dia siguiente de esta aparicion, divagamos pensativos y solitarios: la idea de aquella fantasma nos parecía verla en el cristal de la fuente ó en las nieblas del valle, tan fugaz como el relámpago: y por la noche cuando nuestra madre nos daba el beso de despedida y nos dejaba en la cama, nosotros en vez de dormir pensábamos en la fantasma, deseando que viniese y cerráramos los ojos para verla mejor. Y si se aparecía y nos dormíamos bajo la influencia magnética de aquella mirada que nos dirigía, entonces nuestro sueño era agradable y voluptuoso hasta el siguiente dia. Pero el ángel adquiría de dia en dia una figura mas pronunciada: presentábase con una larga cabellera rubia y los ojos azules, como los Querubines de nuestras iglesias, causando con su mirada un amor atractivo, pero puro y tranquilo, que nos hacia derramar voluptuosas lágrimas. Mas adelante una cintura sujetando al rededor del cuerpo la túnica que antes ondeaba en anchos y libres pliegues, nos revelaba la existencia de unos contornos confusamente demarcados hasta entonces: el ángel se ha convertido en una muger bajada para nosotros desde un mundo mejor; y mas adelante.... Sin embargo habia otros velos impenetrables para nuestro pensamiento.

Pero aquella aparicion no era celosa; no nos robaba el alma para nutrirse exclusivamente con ella, y para trasplantarla en la suya no la arrancaba de raíz de su primitivo suelo. Al contrario, en nuestras visiones nocturnas destilaba en nosotros su amor, y al siguiente dia, semejantes á una urna demasiado llena, nos difundíamos á nuestro alrededor y hasta el infinito; porque para un niño no existe nada entre lo que le rodea y el infinito.

Entonces orábamos con mas fervor: el beso matutino era mas tierno y mas ardiente en nuestros labios; nuestros abrazos eran mas amistosos y nuestras simpatías hácia todos los seres eran mas enérgicas é impetuosas. ¿Y esto por qué? Porque sentíamos en nuestro interior que el ángel estaba allí, en nuestro corazón, amando con nosotros y duplicando la fuerza de nuestro amor.

Así, pues, mucho antes que la pubertad aparezca, una voz pronuncia al oído del niño que sueña en su cuna esta palabra, que ya no ha de olvidar jamás, *amor*: y este amor crece en su alma y la embriaga aun antes de que hablen los sentidos. Aquella muger celestial que aparece al niño es un gran símbolo, y el amor que en él infunde es una gran revelacion. Allí está en embrión el destino de toda la vida del hombre; allí la union del cielo y de la tierra, de la tierra tal como nuestros padres la han soñado en la edad de oro; tal como nos la figuramos nosotros en el porvenir. En derredor del ángel aparecido veíamos un mundo análogo á su naturaleza, en el cual deseábamos vivir con él; y este mundo se ensanchaba á medida que avanzaba nuestra edad: mas ¡ay! ¡que cuanto mas se iba ensanchando, se iba alejando en propor-





La cifra de Amor.

cion, y con él tambien el ángel á quien servia de satélite! ¡Cuántas veces contemplando las colinas cubiertas de bosques que cerraban nuestro pequeño horizonte, hemos dicho interiormente, rebotando de alegría: allí detrás está nuestro ángel y ese mundo mejor en el cual vive! Y á pocos momentos habíamos trepado á la colina, y no veíamos mas que otros horizontes mas lejanos, detrás de los cuales se habia escondido la aparicion.

¿Pero qué significa esta aparicion? ¿Es acaso una ilusion que la humanidad ha de ver realizada en su peregrinacion sobre la tierra, creando en ella por el esfuerzo sucesivo de

las generaciones futuras, el paraíso y sus delicias? ¿O bien el sueño de nuestra infancia no es mas que la revelacion de otra vida de que disfrutaremos allá en el firmamento? Probablemente es lo uno y lo otro: es preciso que el hombre y el mundo en que vive se eleven para poder alcanzar otro mundo mas perfecto.

¡Ah! ¡Cuán doloroso es recorrer la carrera de la vida con el corazon lleno de un amor que no encuentra su objeto y no saber donde se ha extraviado aquella mitad de nosotros mismos, sin la cual no podemos vivir! Vamos siempre alimentándonos con la esperanza, y siempre nos sale fallida, y

de engaño en engaño, llegan los mas débiles á perder su fé, aljuran toda poesia y todo amor, se resignan á ser meros hijos de la tierra y se enlazan por medio de frágiles vínculos con una muger que será su criada ó su juguete. Otros tardan mas en cansarse; pero desollados por los abrojos del camino caen por fin en la impiedad: se convierten en atrevidos blasfemos, se encenagan: se precipitan en un amor frenético y duermen al fin ajados y marchitos. ¡Pero qué pocos son los que despues de frecuentes caidas, guardan un amor puro y fiel á la virgen que saludaron en sus primeros años!

Estos pasan la vida tristemente llamando en su auxilio á la



amistad, la patria, Dios y la humanidad: se esfuerzan en ahogar su individualidad en medio de estas grandes existencias, toman los hijos ajenos y los estrechan contra su pecho, deshaciéndose en seguida en lágrimas; consienten en vivir solo por Dios y la humanidad; pero se les haría un servicio en privarles de la existencia. Son virtuosos, pero indigentes. Dios no los maldecirá, si nada han dado no teniendo nada. Su alma está viuda: ha entrevistado á su esposo, y se lamenta amargamente, porque no le ve volver.

¿Y cuántas mugeres hay que descubren en esta clase de hombres al que se han figurado en medio de su delirio? ¿Cuántas vírgenes que lloran en la soledad por no hallar una alma que unir á la suya? ¿Y se encontrarán en esta sociedad que parece entregada al acaso, este hombre y esta muger? Puede ser... Sí; el hombre puede encontrar en la tierra al ángel que se ha figurado en sus éstasis; pero sufriendo como

él en un cuerpo débil, y tal vez algo manchado con el lodo de este mundo en que vive. Mas estas manchas se disipan con la inspiracion del amor. Cuando amemos al ángel, se convertirá en aquél que entreveíamos en nuestros arrobamientos, blanco, sereno y brillante con el esmalte del amor.

Estréchense estos dos seres que para vivir necesitan no ser mas que uno. Escúsense recíprocamente la ocupacion enojosa de cuidar de sí propios: láncense con ardor y decision en la obra de Dios, á fin de que puedan decir al ver cubrirse de arrugas sus rostros y de canas sus cabellos: Amigo mio, hemos dirigido al servicio de Dios esta vida que á ambos nos ha sido comun; trabajemos todavia un poco é iremos á gozar para siempre unidos una vida que no tiene mancha.

Si el hombre no encuentra sobre la tierra aquella que tiene grabada en su alma, súfralo con paciencia, que el su-

frimiento ennoblece. ¿Pero deberá ir á depositar su amor á los piés de una muger que le entode y ensucie? ¿Aparará en el cieno y la inmudicia la antorcha sagrada que abrasa su corazon, le seca y consume? No: sufra y padezca, que el ángel de sus inspiraciones y el mundo ideal en que vive no son quiméricos. ¿Qué importa que hayan desaparecido de la faz de la tierra, si de cuando en cuando les divisamos vagando por el espacio infinito? Mantengamos nuestra alma en la fé, que un dia llegará en que se oirán suspiros y sollozos á la cabecera de nuestra lucha; y será el ángel que viene á alargarnos la mano y abrírnos los brazos para llevarnos llenos de gloria á poseerle, en el mundo mas feliz.

Esta rápida ojeada sobre los diversos aspectos del amor de Dios, la creacion, la humanidad y la intimidad en el corazon del hombre no da lugar á analizar sentimientos, cuyos matices varían al infinito.



Innovaciones de Correos.

—Papá, nueve cuartos para el cartero...  
—¿Cómo nueve cuartos? ¿No dicen que teniendo el sello son francas?  
—No importa, es que ahora esta paga por dos.



Confianzas íntimas.

—Pero ¿qué ha pasado para que te deje Luis?  
—Yo me tengo la culpa.  
—Ya veo yo que tú no sabes querer de veras.  
—Al contrario, por no saber querer de veras á uno solo me pasa esto.



Declaracion de amor de un primo, recién graduado de Bachiller.

—¡Y bien Carlos!... ¿Qué me dices?...  
—Digo... digo... prima mía... que hoy hace un dia muy bueno!...



Un matrimonio del siglo pasado en traje de ceremonia.

—Vaya unas fachas... tuvo razon el que dijo que el hábito no hace el monge.



## CARAMURU.

## IV.

## Lia Niser.

Tiempo es ya de que informemos á nuestros lectores de la joven robada y de las relaciones que mediaban entre ella y su raptor.

Lia era hija de un rico é ilustre abogado oriental (1) y habia nacido y educádose en Montevideo, en aquella hermosa ciudad que se levanta en la ribera izquierda del Plata, como un *mburucuyá* (2) silvestre á la clara márgen de un riachuelo.

Rayando apenas en esa edad dichosa en que la infancia se confunde con la pubertad, y la fisonomía refleja la candidez del adolescente y los hechizos de la muger, su belleza, á los trece años, sin haberse desarrollado del todo, producía esa magnética influencia, ese vago é indefinible embeleso que atrae las miradas de los hombres y les obliga á volver involuntariamente la cabeza, si pasa por delante de ellos, para seguirla con la vista como á una aparición ideal, como al tránsito de la muger que se han forjado en sus ensueños de amor y poesía.

Imposible nos sería decir á punto fijo en qué consistía este prestigio, prestigio que se escapaba al ojo mas perspicaz al querer analizarlo, semejante á un fluido inmaterial. No se limitaba á una parte determinada de su físico ó de su alma; estaba derramado en todo su ser: lo mismo en su cutis sonrosado y transparente, aunque moreno, que en sus ojos pardos, espresivos y voluptuosos, como en su aéreo talle mas flexible que las ramas del *sarandí* (3) lo mismo en su reluciente cabello, sedoso, negro y ondeado, en sus manos tornátiles y reducidos pies dignos del cincel de Fhidiás, como en su boca de ángel que semejava el temprano capullo de una rosa, entreabierto con el rocío de la noche y esponjándose con los primeros rayos del sol.

¿Y qué diremos de la gracia inimitable de su andar voluptuoso y reposado? ¿Qué del timbre argentino de su voz armónica que se insinuaba en el alma y la hacia estremecerse de gozo y embriaguez? ¿Qué de la espresion purísima y al par seductora de su mirada infantil, que si evocaba algun recuerdo amoroso alejaba de la mente todo pensamiento mundano, toda idea que tendiese á despojarla de su aureola divina?

Angel en forma de muger, al verla en el mes de abril cruzar los sábados á la tarde por la magnífica calle que hoy llaman *veinticinco de mayo*, vestida de celeste y blanco, dulces colores de nuestra bandera, para dirigirse á la *quinta de las Albas* (4) y volver con las primeras sombras del crepúsculo, deshojando por el camino los ramilletes de preciosas flores con que la habia abrumado sus numerosos adoradores, al verla subir y bajar por las pintorescas serrezuelas y quebradas que rodean á la ciudad, cualquiera hubiera creído, no que hollaba la tierra con su planta, sino que flotaba en el aire y se remontaba al cielo.

No era su belleza lo que mas encantaba, no. Envolvía una nube de idealismo, un perfume de castidad, suavísimo como el hábito aromado que se escapaba de sus labios de clavel, puro como el carmin de sus mejillas, mas tersas que la piel del armiño ó las hojas del *jacarandá*.

Su familia, los amigos de su casa y hasta los estraños, la idolatraban. Su padre especialmente, que habia visto morir uno tras otro á todos sus demas hijos, la queria con una especie de delirio. Los menores deseos de Lia, eran para él órdenes que ejecutaba antes que los espresase; y acaso por esta circunstancia, su madre, injusta en demasía como suelen ser algunas madres, por espíritu de contradicción ó envidia, nutria contra su hija un rencor profundo é inveterado, que no bastaba á disipar la docilidad, el respeto, el cariño y las continuas demostraciones de aprecio que la prodigaba ella.

Peró aunque D. Carlos Niser amase tanto á su hija, no por eso dejaba siempre de plegarse en último resultado á las caprichosas exigencias y al despotismo de su esposa. El buen anciano tenia un carácter harto débil, y la señora Petra, su consorte, era un demonio con faldas. Fea, murmuradora, intrigante, irascible, taimada, envidiosa, vengativa y maniática.

Lia tenia una afición loca por los bailes, y su madre la llevaba á todos. En vano trataba de oponerse D. Carlos, manifestando que su salud y delicada complexion no podían soportar aquellas continuas noches de cansancio y locura. La colmilluda señora se reía con una risa especial, suya, propia, característica, y le contestaba que no fuese aprensivo y necio, que se marchase á hojear sus mamotretos, á embrollar y á volver blanco lo negro, como buen abogado, y la dejase en paz, porque ella sabia demasiado bien lo que convenia á su *queridita niña*.

No es creible que esta excelente señora llevase su perversidad hasta el extremo de allanar á su hija el camino de la muerte; pero si estamos autorizados para pensar que su loca pasión al juego la cegaba, y deseosa de satisfacerla acudia con ansia á todas partes, llevando consigo á Lia, mas que por complacerla, por vanidad y por tener un pretexto que la disculpase á los ojos de su marido, que por hábito é ideas no asistía á ninguna tertulia y abominaba el juego.

Los temores del anciano no eran infundados: Lia, en cuyas venas corría la sangre andaluza mezclada con la americana, se moría por el baile, y como todas las criollas, era incansable, y siempre estaba pronta á tender su preciosa mano al primer pisaverde que se le acercaba. Joven, hermosa, instruida, con natural ingenio, de carácter festivo y benévolo, rica y única heredera... la dejarían alguna vez consumirse de tedio solitaria y olvidada en su silla?

Nunca! porque ella sabia todos los bailes antiguos y modernos, y los bailaba con una gracia particular. En la sociedad escogida, contradanzas, rigodones, gavotas, minuets, walses: en los de menos etiqueta, boleras, *cielitos*, *mediacanas*,

y algunos otros inventados por el jenio alegre de nuestros compatriotas, aficionados á solazarse con amenos ejercicios corporales mas de lo que sería conveniente.

Agradábanle sobre todo á Lia las *Boleras* y el *Wals*, y era digna de verse y admirarse su gracia y perfeccion en una y otra danza.

El erguido *coronilla* de nuestros valles no inclina con mas languidez su enhiesto tallo, el tímido *caycóbé* (1) no se repliega y esconde mas pronto sus hojas al sentir el roce de una mano estraña, ni la *serpiente de cascabel* persiguiendo al escuerzo que se le escapa entre los raquíticos arbustos y tupida maleza de los pantanos, ondea, salta, vaga y gira con mas velocidad; ni el indolente *Quezal* en cuyas plumas se reflejan los colores del iris, entreabre sus alas con mas alandono y se deja caer muellemente sobre la copa de los *tamarindos* en flor, como Lia resbalando sobre la alfombra, semejante á una Ondina *entre el turbio vapor de ancha laguna* (2).

Entonces no era la virgen pudorosa é inocente, era la amorosa odalisca, la ardiente bayadera del Indo, sedienta de placer, ébria de voluptuosidad y delirio. Sus bellos ojos, ora se cerraban á medias, ora se animaban de repente lanzando vívidos destellos; su pecho se levantaba y bajaba acelerado, se entreabrian sus labios purpúreos cual si mendigasen un ósculo de amor, y sus brazos, siguiendo las rápidas ondulaciones de su cuerpo, parecían invitar á algun amante invisible á arrojarle en ellos... hasta que rendida por la fatiga, trémula y palpitante, se detenía al estruendo de los aplausos en medio del salon, inclinando la frente con encantadora modestia, y se encaminaba paso á paso á su asiento sin alzar la cabeza, fingiendo no apercibirse del murmullo de admiracion, de los elogios y bravos que resonaban á su alrededor.

Esa famosa bailarina á quien hoy el público de Madrid tributa tan espléndidas y merecidas ovaciones en el teatro de la Cruz, esa sifide andaluza que apenas aparee, arranca tan estrepitosos aplausos y provoca con su gracia inimitable tan fervidas y espontáneas demostraciones de entusiasmo; la ideal, la bella, la encantadora *Nena* no es acogida por sus admiradores con mas delirio y alborozo que Lia por la numerosa y escogida concurrencia que se agolpaba en torno de ella, no bien se presentaba en cualquiera reunion, suplicándola que la embelesase con alguno de sus bailes favoritos, en cambio de las flores y guirnalda que llevaban de antemano para tapizar la alfombra donde estampase sus alados pies.

Triunfos eran estos que debían alhagar el amor propio de la muger menos vanidosa, y sin embargo, Lia no lo era. Mas que los aplausos de los hombres, buscaba un desahogo á su naturaleza ardiente, ávida de transportes, amiga del bullicio y el movimiento. Cándida paloma del Eden, peregrina en la tierra, que devoraba el espacio con la vista, y recordando sus perdidos jardines, necesitaba para poder vivir en nuestro mundo prosáico, animacion, luz, aromas y armonías!

Peró está escrito que todo placer esconda en sí un gérmen de dolor; una espina envenenada que primero punza y luego convierte en cancerosa llaga la herida que ocasiona. Lia, cuya complexion era muy delicada, no pudo resistir á las violentas y repetidas emociones del baile. Empezó á resentirse del pecho, y juzgando que sería una ligera indisposición, en vez de declararlo á su madre, temerosa de que la privase de su diversion favorita, continuó bailando todas las noches con el mismo ardor, hasta que la fiebre vino á revelar el peligro que la amenazaba.

Consultados al punto los médicos, declararon que estaba afectada del pecho, y que presentándose su enfermedad con síntomas alarmantes, era indispensable enviarla sin pérdida de tiempo á tomar las aguas del Uruguay, aguas que no solo tienen una virtud particular para transmutar en piedra cuanto se arroja en ellas, si que tambien para curar sin el auxilio de otras medicinas, varias enfermedades que no nos place, y otras muchas que no queremos enumerar, ya que los discípulos de Esculapio las han calificado de *secretas*, sin duda porque son las únicas que no están á la vista, ni se conocen ni conviene conocerlas. No seamos pues, curiosos, que la curiosidad es un vicio detestable.

Por desgracia en aquella época, el padre de Lia estaba empeñado en un pleito de grande importancia que debia fallarse en breve, y no podia por ningun pretexto, ausentarse de la capital.

En cuanto á la señora Petra, hablarla de salir de Montevideo, era lo suficiente para grangearse su enemistad. Ella! ¿cambiar su residencia por la de una *Estancia*? Figúraos la espantosa catadura de una de vuestras elegantes madrileñas, si la propusierais en la presente estacion irse á encerrar en un cortijo de Estremadura. Seguramente que os enviaria en sus adentros á los infiernos, ó cuando menos juzgaria que os chanceabais, que estabais locos, ó que os habíais *escedido* algo en el almuerzo ó la comida.

Aquella cariñosa madre, prestando que la enfermedad de su hija era ocasionada por... una cosa muy natural en las personas de su sexo al llegar á la pubertad, se negó rotundamente á acompañarla; y D. Carlos, siempre complaciente y bonachon, por evitarse disgustos con su amable mitad, cuyo jenio no era el mas apropiado para las lides parlamentarias, porque al instante apelaba á la vías de hecho, espidió un *chasque* (3) á una hermana suya que se hallaba en Pasandú casada con el comandante de aquel punto, para que no bien recibiese su carta, viniera á llevarse á Lia á la *Estancia* de su esposo, la cual, como saben nuestros lectores, solo distaba seis leguas de aquella ciudad.

La hermana, que profesaba á D. Carlos un verdadero afecto fraternal, aunque de opiniones políticas contrarias á las suyas, se puso en marcha el mismo dia que recibió su misiva, y antes de dos semanas se encontraba de vuelta en la Estancia con su encantadora sobrina, que salió llorando de Montevideo, como llora un niño mimado cuando le arrebatan de las manos el arma con que puede inadvertidamente poner término á sus dias.

Lloraba la pobre niña de tan buena gana, y se asomaba con tanta frecuencia á mirar desde la portezuela del coche, que volaba como una exhalacion, las pardas torres de la *Matriz* y los mil blancos edificios que se estienden en anitea-

tro á lo largo de la costa, que su tia doña Eugenia enterrecida de su dolor, no pudo menos de preguntarla:

—Vamos, Lia, ¿por qué lloras de esa manera? Acaso ¿has dejado allí una parte de tu corazón?

—No señora,—contestó ella con una candidez infantil que no estaba exenta de coquetería,—¿había de querer á nadie estando comprometida? ¿No sabeis que dentro de poco voy á casarme?

—Es verdad..... no me acordaba. ¿y cuándo vendrá tu futuro?

—No sé: papá me dijo el otro dia que dentro de dos meses.

—¿Con qué serás condesa?

—Si, de Itapeby.

—Vamos, cuéntame eso, repuso doña Eugenia, fingiendo que nada sabia, á fin de que la inconsolable joven se distrajese refiriéndola lo que estaba cansada de saber, pero que juzgaba como muger de esperiencia, que produciría en su imaginacion el efecto de un tónico bastante eficaz para secar las lágrimas en sus ojos y hacer asomar la sonrisa á sus labios, pues siempre las que están próximas á trocar la guirnalda de azahar por otra de mirtos, aunque aparenten lo contrario, hablan y oyen hablar con placer de su futuro enlace, salvo en los casos en que este se realiza contra su voluntad.

—El año pasado,—dijo Lia,—vino á Montevideo mandando la division *Rio-Grandense* (1) el conde don Alvaro Abreu de Itapeby, pariente cercano de mi madre, y se hospedó en casa.

—Eso lo sé, adelante.

—A los pocos dias, sin haberme dicho una palabra, pero con ausencia de mi madre, me pidió en casamiento, para mas adelante, porque...pues...

—Comprendo,—respondió la tia sonriéndose del embarazo de su sobrina. Lia continuó:

—Mi padre, manifestándose agradecido al favor que nos dispensaba el conde, le insinuó que no pensaba contrariar nunca mi voluntad, y que si entonces, cuando estuviese en estado de casarme, era yo gustosa, él no se opondría.

—¿Cómo? pues Petra me habia escrito lo contrario!

—Escuchad: con este motivo luego que se retiró don Alvaro, trabó mi madre un acalorado debate con papá, que contra su costumbre se mantuvo firme y no quiso ceder. Mi madre se incomodó mucho, muchísimo!... y estuvieron algunos dias sin hablarse.

—Hija, ignoraba esos detalles,—esclamó doña Eugenia con creciente curiosidad;—¡oh! Carlos es un babeiaca... un pobre hombre, y su muger le maneja como á un chiquillo... continúa, continúa...

—Una noche al volver del teatro, mi madre me llamó á su cuarto, y despues de besarme y acariciarme, cosa que nunca hacia, y repetirme en un largo y enfadoso sermón ininteligible para mí, que la dicha se cifraba en las riquezas, que la muger habia nacido para ser la compañera del hombre, y que solo anhelaba mi bien y mi felicidad, me preguntó si me casaría con el conde.

Aquí se detuvo la candorosa Lia, quien sabe si de rubor ó despecho, y se volvió para mirar por vez última la ciudad que se perdía en el horizonte lejano, bañada por la luz crepuscular. El carruaje bajaba la empinada cuesta del *Cerrito* (2).

—Y bien, ¿qué respondiste? dijo su compañera, conociendo por el ligero sonrosado que asomaba en las mejillas de la narradora, que habia llegado al punto difícil, al nudo gordiano de la cuestion.

—Yo?...preguntó Lia con aturdimiento;—¿qué habia de responder? dije primero que no, y como mi madre sin poder contenerse, levantase la mano para darme una bofetada respondí en seguida iras que de priesa: *si, si, si!!!*

Doña Eugenia seltó una estrepitosa carcajada, y Lia imitó su ejemplo.

—Peró, muger,—añadió la primera cuando hubo pasado aquella mútua explosion de hilaridad,—¿acaso es feo el conde?

—No, no es feo, al contrario, es un arrogante mozo.

—Y entonces?

—No sé,—repuso la futura esposa, empujando con desden hácia adelante el labio inferior y encogiéndose de hombros;—no sé.... pero no me gusta.

—Pues yo conozco á su hermano D. Nereo, que vive en nuestro pueblo, y te aseguro que es un joven recomendable bajo todos conceptos. Vamos, picarilla, tú tienes algunos amoríos, algun maniquí de rizadas melenas y voz melosa y enflautada te ha *engatusado*....

—Ya! ya! repitió Lia en tono de burla golpeando con su piecicito en la portezuela del coche; me fastidian, me empañan, me rebientan los hombres de esa clase. ¡Jesus! ¡y qué tontos son! Dios me libre de ellos!

—Será entonces algun poeta lloron y meditabundo, cuya sensibilidad, á prueba de caramelo, haya simpatizado con la tuya?

—Idem, contestó ella volviendo pausadamente la cabeza con aire de reina.

—Será por ventura alguno de los altos magnates que no há mucho han llegado de Rio-Janeiro?

Idem, idem! murmuró la joven con mas desden todavía.

—Ah! ya caigo....—continuó doña Eugenia cada vez mas deseosa de arrancarla su secreto.—¿Será algun joven patriota perseguido, uno de esos locos, estúpidos, ambiciosos que pretenden con un puñado de banditos contrarrestar el poder colosal de nuestro amado monarca D. Juan VI?

—No, tampoco,—replicó tristemente la interesante enferma, como si la ofendiese á su pesar la manera de espresarse de su tia;—y no os canseis, señora, porque os juro por lo mas sagrado que haya, que no hé amado á nadie todavía.

—Y vas á casarte?

—Tantas cosas me ha dicho mi madre, y la tengo tanto miedo, que me resigno á ser tal vez desgraciada el resto de mi vida para evitar á mi querido y buen padre los males que le amenazan. D. Alvaro es muy poderoso y sería capaz de todo por vengarse....

(1) Así llamamos á los de la república del Uruguay.

(2) Pasionaria.

(3) Arbol que crece á la márgen de los rios.

(4) Posesion de campo á un cuarto de legua de la capital.

(1) Sensitiva.

(2) Zorrilla.

(3) Propio.

(1) La provincia de Rio grande pertenece al imperio del Brasil y está fronteriza á las nuestras.

(2) Pequeña montaña á dos leguas de Montevideo.



La conversacion iba tomando un sesgo triste y enojoso, que no cuadraba con el objeto que se propusiera Doña Eugenia al entablarla; y para cortarla, nada le pareció mas oportuno que volver al tema que habian dejado.

—Pero no me has explicado aun cómo mi hermano otorgó su consentimiento.

—Mi madre hizo de modo que me interrogase un día, estando ella en acecho en la pieza inmediata, y yo repetí como una cotorra lo que me habia enseñado. Papá se mostró satisfecho, y en consecuencia, empuñó su palabra á D. Alvaro de que le otorgaría mi mano, no bien.... estuviese en disposición de casarme.

—Y el galán, qué tal? se mostró digno de esta prueba de aprecio y confianza que le dabas?

—Así, así... cuatro meses despues partió para la Corte con una mision especial del Gobernador.

—Y há escrito recientemente diciendo que volveria dentro de dos meses?

—Sí.

—Ya para entonces estarás restablecida y mas hermosa que ahora, dijo Doña Eugenia con dulzura, al notar la sombría nube de tristeza que se difundió en el rostro de la pobre niña.

—Ah! querida tia!—esclamó esta tomando sus manos y estrechándolas con efusion;—plégue al cielo que se dilate ese momento cuanto sea posible....!

El carruaje se detuvo para mudar caballos y la conversacion se interrumpió. Por la tanto, mientras se cambia el tiro, nosotros, que tambien estamos fatigados, suspendemos nuestra narracion imitando su ejemplo.

## V.

### El Yacaré.

Trasladada con su tia á la Estancia nuestra jóven enferma, solo se ocupó en restablecerse lo mas pronto posible para volver cuanto antes á la capital. Acostumbrada á vivir en el seno de los placeres, el campo, por mas que la agradase debia serle muy pronto insoportable.

Sin mas sociedad que la de Doña Eugenia y la muger del Capataz (1), las dos en el último tercio de su vida, y por consiguiente incapaces de adaptarse á sus ideas, á sus sentimientos y á su manera de ver y concebir las cosas, no era extraño que echase de menos á cada instante á sus jóvenes y bulliciosas amigas, y á los festivos tertulianos que frecuentaban su casa.

Mediaba ademas otra circunstancia para que fuese mas grande este vacío. Las dos señoras, que frisaban ya en los cuarenta y cinco años, eran frenéticas realistas, pertenecian al partido de los intrusos, é intolerantes hasta el exceso, no consentian que prevaleciese sobre el particular otra opinion que la suya; y Lia, hija de un hombre que se habia distinguido entre los mas decididos patriotas en la lucha contra España, simpatizaba ardientemente con los pocos orientales, que fieles á sus principios, se negaban á plegarse al yugo de los usurpadores, y rechazaban con desden las riquezas, las distinciones y honores que les brindaban en cambio de su apostasia.

El marido de Doña Eugenia pertenecia al número de los que desde un principio, traicionando á sus amigos y abandonando vilmente al partido que los habia sacado del polvo, y dádoles importancia personal y valor político, se adhirieron al nuevo gobierno. Vileza que la corte de Rio-Janeiro recompensó generosamente, como todos los gobiernos débiles y menguados, confiriéndole el mando, ó sea la Comandancia general del departamento de Paysandú. Los camaleones políticos en todas partes y en todos tiempos.... el buen juicio del lector completará el periodo.

Ya hemos visto en el anterior capítulo cómo su esposa calificaba á los patriotas, sin acordarse que su propio hermano lo era. El diccionario de la maledicencia se agotaba en sus labios cuando se hablaba de ellos.

Lia con su carácter franco, con su ingenuidad de niña, cuyo corazón simpático é imaginacion de fuego, se entusiasman fácilmente por todo lo que era bello y noble en sí, no podia oír tranquila que se calumniase en su presencia á aquellos héroicos proscriptos, que seguidos de un puñado de valientes, desnudos, sin armas, sin recursos, perseguidos en todas direcciones, sin mas amparo que su fortaleza, sin mas aliados que la desesperacion, sin mas esperanza que encontrar una muerte gloriosa en las lanzas de sus opresores, cuando no en un cadalso convertido en el lecho de su gloria, todavía hacian estremecer los desiertos y las ciudades, las montañas y las llanuras, los rios y los bosques con su formidable grito de guerra:

«Libertad! Libertad!! Libertad!!!»

Las hazañas de los intrépidos guerrilleros llegaban en alas de la fama hasta la capital, magnificadas por la distancia, y engrandecidas por el misterio que los rodeaba. Tan pronto era un destacamento de mil hombres batidos por cien, como una division prisionera y pasada toda á cuchillo; ó la toma de una plaza fuerte, ora la sorpresa de un campamento. Luego, los vencedores desaparecian como por encanto, y no se volvía á hablar de ellos hasta que un nuevo rasgo de valor, que rayaba en fabuloso, venia á esparcir la alarma y á poner en movimiento las numerosas tropas lusitanas y brasileras desparramadas por todo el territorio y dueñas únicamente del suelo que pisaban.

Acaso creerán algunos que mentimos ó exageramos, pero llegaron á infundirles tal espanto las partidas de montoneros, que huían de ellas los usurpadores al solo amago. Por regla general no aceptaban el combate sino veinte contra uno.

De esta manera las filas de los patriotas se fueron engrosando, y á no ser por la mala inteligencia y rivalidades de los gefes, es indudable que hubieran acabado con los intrusos, sin necesidad del refuerzo que mas tarde les envió Buenos-Ayres.

Los hombres, egoistas y mezquinos por lo comun, ó si se quiere, mas espuestos á comprometerse, guardaban una

prudente reserva, esperando ver mas despejado el horizonte; no así el bello sexo, que acojía con el mayor entusiasmo las noticias favorables á los rebeldes, las propalaba, mantenía correspondencia con ellos y los proclamaba en voz alta *beneméritos de la patria*.

Entre estos caudillos, modelos casi todos de audacia y heroismo, Amaro, bajo el nombre de Caramurú ocupaba el primer lugar. Su fama se habia extendido no solo por los departamentos de Tacuarembó y Salto, teatro de sus primeros hechos de armas, si que tambien por las dos riberas del Plata, Bolivia y Chile.

Los rumores que circulaban acerca de él eran muy extraños y contradictorios. Unos decian que era indio, otros mestizo ó mulato, y no faltaba quien asegurase que era bastardo y que pertenecia á una distinguida familia de Rio-Grande; pero lo cierto es que todos ignoraban su verdadero origen, y solo sabian que era un gaucho en toda la estension de la palabra, que habia despreciado por tres veces el grado de general y una crecida suma de dinero que le prometió el gobierno portugués con tal que se sometiese; y que no pudiendo conseguirlo, habia puesto á precio su cabeza, ofreciendo veinte *contos de reis* (1) al que se lo entregase muerto ó vivo.

Lia habia oido hablar muchas veces de aquel hombre extraordinario, y muchas veces se habia llenado de entusiasmo y admiracion al escuchar las cosas inauditas que se contaban de su arrojo, de su presencia de ánimo, de su indomable fiereza, de su desinterés, y del juramento que hiciera de sacrificar su vida en aras de la patria ó libertarla de sus opresores. Su viva imaginacion se lo pintaba con los mas aliañados colores, y estaba persuadida que le conoceria en cualquier parte que le viese, y le distinguiria entre mil personas antes que le dijieran su nombre. Lisonjera ilusion que la realidad debia desvanecer muy pronto...

Como el médico la tenia recomendado el ejercicio por la mañana, se levantaba muy temprano y se iba á pasear con un libro en la mano por las márgenes del rio, que quedaba á unas quinientas varas de la casa.

Una vez distraida con una novela que la interesaba en extremo, se alejó mas que de costumbre, y sintiéndose fatigada se sentó en el tronco de uno de los sauces que crecian á las orillas, y continuó su lectura sin acordarse de la prevencion que la habian hecho de no encaminarse nunca por aquel lado, cubierto de tupidas enredaderas, juncos altísimos y espesos cañaverales.

Cuando mas engolfada estaba, oyó á poca distancia un ruido seco y áspero acompañado de un quejido lastimero que herizó sus cabellos y heló la sangre en sus venas. Estallaban las cañas huecas y se doblaban los erugientes juncos como si rodara por encima de ellos una pesada mole de bronce.

Lia, pálida y temblorosa, trayendo á la memoria las aterradoras palabras de precaucion que habia olvidado, dejó caer de las manos el libro, y clavó sus espantados ojos en el paraje de donde parecia venir el ruido que iba en aumento.

Poco duró su incertidumbre, un grito desgarrador se escapó de su pecho, y sin saber lo que hacia, echó á correr, no para la estancia, sino en direccion á la selva.

Un enorme yacaré, anfibio, de la misma forma que el cocodrilo, pero mucho mas feroz, seguia sus huellas, ora gimiendo como un niño, ora exhalando un sordo rugido, semejante al rechinar de una sierra cuando tropieza con un clavo ú otro cuerpo que no puede partir.

Este ruido, indicio de la cólera del animal cuando se le escapa su presa, es ocasionado por el choque de sus mandíbulas, armadas de una triple hilera de dientes tan afilados como los del tiburón.

A los clamores de Lia, un hombre que parecia venir de la selva, cerró espuelas á su caballo, y gritándole:—Corred á derecha é izquierda... serpeando! sacó sin pararse un pañuelo, y se lo ató por los ojos á su corcel, como acostumbran los picadores cuando su rocín, no sabemos si de hambre ó de flaqueza, se empeña en retroceder ante el toro.

La aparicion, y sobre todo, la advertencia del desconocido no pudo ser mas oportuna. El yacaré ganaba terreno por instantes, y la jóven oyendo cada vez mas cerca el rumor de sus escamas al arrastrarse por el suelo, y el chasquido de su gruesa cola, que se movia á un lado y á otro como la pala de una canoa, sentia que se le agolpaba la sangre al corazón, que inundaba su frente un sudor frio, y que una rigidez mortal paralizaba sus miembros, y derramaba en todo su cuerpo el yelo de la muerte.

—Corred á derecha é izquierda.... serpeando! repitió por segunda vez el desconocido, ya á cincuenta pasos y haciendo girar por encima de su cabeza el arma de los gauchos, cuando quieren matar á un animal ó á un hombre sin bajarse del caballo; la terrible *bola perdida* (2).

Lia, al verle, hizo un postrer esfuerzo, y obedeció instintivamente á aquella voz vibrante y poderosa que la infundia nuevo aliento, resonando en sus oídos como el eco de un angel que bajase del cielo para salvarla.

Y la salvó en efecto, porque el yacaré, como todos los animales de su especie, corre con bastante rapidez en línea recta, pero teniendo que volver el cuerpo, es tarde y se le burla con facilidad variando al huir de direccion.

No obstante, Lia estaba tan fatigada que probablemente habria sido víctima al fin del espantoso reptil, á no interponerse entre ella y él su libertador.

Pasó éste á escape, y sin detenerse, se inclinó y descargó un tremendo golpe en la cabeza del yacaré; pero la férrea bola, en vez de herirle en una de las concavidades de la frente como pensó el gaucho, chocó en el capicete del cuello, y rechazada, resbaló á lo largo del espinazo.

Al mismo tiempo el caballo, volviéndose de pronto, olfateó al caiman, y acometido de un temblor nervioso, se replegó sobre sus cuartos traseros, crispadas las piernas delanteras, enhiesto el cuello, erguidas las orejas, herizada la crin y aspirando y despidiendo el aire con un ardiente y prolongado resoplido, insensible á la espuela y aun á los golpes de bola que

(1) Veinte mil duros: hoy el conto en el Brasil solo asciende á 500.

(2) La bola perdida es una esfera de bronce ó piedra del tamaño del puño, forrada en piel de vaca, sujeta á un cordel para arrojarla hasta á doscientos pasos de distancia, ó dar el golpe mortal sin soltarla. Es increíble la fuerza que lleva con el girar del brazo y la carrera del caballo.

le descargaba el ginete, cual si hubiera echado raíces en la tierra.

El yacaré que estaba hambriento, fijó en él sus pequeños ojos de serpiente inyectados de sangre, se incorporó velozmente y le clavó en el pecho sus dos garras, armada cada una de cinco puñales, porque no merecen otro nombre las aceras puas que las defienden.

Caballo y caballero rodaron sobre la yerba: Lia dió un grito, alzó las manos al cielo y cayó desmayada.

Entonces tuvo lugar una de aquellas escenas horribles que solo se ven en los bosques de América.

El caballo quedó muerto en el acto, y á esto debieron su salvacion Lia y el desconocido. El terrible anfibio le habia abierto en el pecho una ancha puerta, por donde salia un raudal de negra sangre, que él bebia avidamente sin reparar en los dos desgraciados que tendidos á veinte pasos, sin conocimiento el uno y atontecido el otro por la caída, habrian podido pasar de su letargo á la eternidad sin oponerle la menor resistencia.

Cuando el reptil se hartó de beber, metió su larga y aplastada cabeza por el pecho del caballo para devorarle las entrañas. El gaucho se levantó, y conceptuando inútil la *bola perdida*, vista la imposibilidad de herirle en la cabeza, se le fué acercando cautelosamente, y con mano firme y segura le escondió en la juntura de una de las patas delanteras la hoja de su puñal hasta el pomo, revolviéndosela dentro el breve instante que tardó el yacaré en sacar la cabeza de los encuentros del caballo.

El agresor, impasible y sereno, retrocedió dos pasos y volvió á esgrimir la bola perdida.

Esta vez el golpe fué mas certero: la metálica esfera se hundió toda en una de las concavidades de la frente, y los sesos del animal asomaron al través de la rasgada concha.

Iba el valiente gaucho á ultimarle con nuevos golpes, cuando el reptil comenzó á dar vuellos, desatentado y furioso, escurriendo la tierra y arrojando sangre por la boca; de repente se detuvo, dió un rujido acompañado de un fuerte sacudimiento, y agitándose con las ansias de la muerte, cayó de espaldas, encogió las patas y espiró. Tenia partido el corazón.

El vencedor corrió donde estaba Lia desmayada, la tomó en sus brazos, y la contempló algunos minutos con el embeleso de una jóven madre que acaba de salvar á su primer hijo de una enfermedad mortal.

Un pensamiento indigno del desconocido cruzó por su frente:

—¡Qué bella es! murmuró; intenciones me dan de llevármela...

Y giró la vista en derredor, como para cerciorarse de que estaban solos y podia impunemente realizar su intento.

—Pero es tan jóven, continuó, tan delicada... y su aire, su traje, todo indica que pertenece á otra clase muy distinta de la mia... y sin embargo...

El gaucho la seguia mirando irresoluto y dudoso, por fin, se dijo:

—¡Nó, seria una infamia!

Lia abrió los ojos, y al verse en los brazos de un hombre, al tropezar con sus miradas fascinantes y abrasadoras, por un involuntario impulso de pudor, se cubrió el rostro con las manos y trató de ponerse de pié.

Comprendió él su deseo y se apresuró á satisfacerlo. Lia le dió las gracias, y despues de informarse muy minuciosamente de los pormenores que ignoraba y preguntarle si estaba herido, le suplicó la acompañase á la estancia, porque deseaba presentarlo á su familia.

—Gracias, hermosa niña, mil gracias,—contestó él tristemente;—y si de algun modo queis recompensarme el corto servicio que he tenido la suerte de haceros, guardad el mas profundo silencio acerca de nuestra aventura.

—¿Por qué? preguntó Lia sorprendida.

—Por dos razones: la primera, porque os privarán en adelante de salir sola; y la segunda, porque no me conviene llamar aquí la atención de nadie.

—¿Seriais acaso uno de esos valientes que andan errantes y perseguidos por su noble amor al suelo que les vio nacer?

—Tal vez; respondió el interpelado, sonriéndose del calor y entusiasmo con que se espresaba la jóven republicana.

—Pues entonces...

—¿Qué?

—Veó que teneis razon, seguiré vuestro consejo.

—¿Y no vendreis á verme alguna vez?

—¿Por qué no? repuso Lia con afabilidad. Me habeis salvado la vida y no soy ingrata... Ademas, el motivo que os obliga á ocultaros es un título que os hace mas digno de mi aprecio...

Un relámpago de alegría iluminó el semblante varonil y melancólico del proscripto.

—Ah! exclamó, que no sea en esta sino en la otra parte del rio. Este es un paraje muy peligroso, y no sé como os habeis atrevido...

—Me lo habian dicho,—contestó Lia moviendo la cabeza, —pero lo olvidé distraida con la lectura.

Y dándose un golpecito en la frente, sacó del seno un pequeño reloj del tamaño de medio duro embutido de perlas, y añadió con el infantil candor y ligereza de una niña:

—Ya son las diez y me estarán aguardando para almorzar... ¿Con qué hasta mañana, eh?... No vaya á venir alguno y nos encuentren juntos.

El gaucho la acompañó en silencio, y cuando llegaron á los últimos cañaverales, se detuvo y estrechó y besó la mano que Lia le tendió con una sonrisa angelical y un afectuoso:

—Adios: hasta mañana á las seis.

—¡Adios!—respondió él,—y siguió mirándola hasta que se perdió de vista en el pequeño declive que formaba la cuchilla sobre que estaba edificada la casa de la estancia.

—¡Qué hermosa, qué ingenua, qué inocente es! decia él al retirarse; mientras ella por su parte añadia:

—¡Qué gallarda presencia y que aspecto tan agradable tiene! ¡qué valiente es! ¡cuánto me gusta!.. De buena gana le trocaria por mi insulso conde...

Y en verdad que no iba descontentada, porque Amaro, pues no era otro el personaje que ha figurado en todo este capítulo, aunque gaucho valia cien mil veces mas, fisica y moralmente, que el egrégio y elegante D. Alvaro Abreu de Itapeby.

(1) Administrador de la Estancia, y encargado de hacer ejecutar las faenas rurales.





Sabes lo que digo, Luis, que vas cercenando tanto tu República, que te falta poco para reducirla á la nada.

**Efectos producidos por el frio,**

Un niño, al salir una tarde del mes de diciembre de la escuela de Lilla, cometió la imprudencia de apoyar la lengua y los labios en la barandilla de hierro del puente de Santiago. La accion del frio hizo que se adhiriesen con tal fuerza las partes carnosas al hierro, que el desgraciado niño no logró separarse de él sino dejando, con horribles dolores, la piel de la lengua y la de los labios en la barra de hierro.

**Tormentos de un autor.**

Un día estaban haciendo delante de Balzac un elogio merecido de una de sus obras: — ¡Ay! amigo mio, — dijo el novelista dirigiéndose á uno de los interlocutores, sois muy feliz con no ser el autor de ella.

— Y ¿por qué? le preguntó el otro admirado.

— Porque así podreis manifestar ante todo el mundo el concepto que os merezca.

**El heroismo.**

— Sed hoy día héroes, — haced alguna cosa grande. — En otro tiempo la historia os juzgaba de lejos, — y no veía de los hombres grandes sino aquello que mas brillo é importancia tenia. — Hoy se escribe diariamente, y es hostil y priva de todo el prestigio: — las edades venideras nos juzgarán *raquíticos*, porque no habrá ni un solo hombre de estos tiempos, por grande é ilustre que sea, del que no se pueda hallar en los periódicos, que harán entonces las veces de *Memorias contemporáneas*, una anécdota que desmentirá su grandeza y dará por tierra con su celebridad.

**ADVERTENCIA.**

La nueva tarifa de correos, hace imposible la remision de los tomos de regalo por aquel conducto, que habrian de pagar á razon de 500 rs. arroba, en vez de 50 que hasta ahora devengaban. En este caso, privados desde 1.º de enero de enviar las remesas por correos, como hasta aquí, nos vemos en la precision de hacerlas por medio de los ordinarios y mensagerias, en principios de cada mes, avisando oportunamente á nuestros suscritores en el SEMANARIO y LA ILUSTRACION.

Todas las suscripciones llegadas á nuestro poder desde el 1.º de enero, y las que vayan llegando durante este mes, recibirán en la remesa de principios de febrero LA TIERRA y el ALMANAQUE de que carecen, á no ser que comisionen en Madrid una persona que los recoja antes; con el mismo envio irán los ejemplares del ATLAS, que nuevamente estamos estampando en papel superior, encargado á la fábrica de Rascafría cuando, tirado ya el pliego sexto, nos resolvimos á inutilizar todo lo hecho (que está de manifiesto en nuestro establecimiento) prefiriendo algun retraso, á repartir de un modo que no nos satisfacía, obra que no debe aparecer deslucida. Nuestros suscritores saben con cuanta exactitud hemos cumplido siempre los compromisos contraidos con el público, esto nos abona en la ocasion presente. Volvemos á ofrecer que á principios de febrero partirá el ATLAS para todos los suscritores, y LA TIERRA para los abonos recibidos, desde que se ha hecho imposible la remesa por correos.

Sigue abierta la suscripcion con opcion á los regalos, la diferencia consiste en que, como dejamos dicho, estos no pueden servirse por el correo, sino por otros conductos en principios del mes siguiente al en que se haga la suscripcion.

Deseando aprovechar la ventaja reciproca que resulta del franqueo previo, nuestros oficinas no dirigen ni recibirán carta sin franquear, incluso las de los correspondales.

**GEOGLIFICO.**



UNICO REDACTOR Y PROPIETARIO, D. ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y establecimiento tipográfico del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, calle de Jacometrezo, núm. 26.